

CARTA PASTORAL  
DEL  
ILMO. SR. ARZOBISPO  
DE MÉXICO  
CON MOTIVO  
DEL SANTO TIEMPO DE CUARESMA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

MÉXICO

IMP. DEL SAG. COR. DE JESÚS  
Sepuleros de Santo Domingo núm. 10

1895

BX874  
.A4  
C3  
1895a  
c.2

157

BX874

.A4

C3

1895a

c.2

003757



1080026947

## ADVERTENCIA

Se recomienda á los señores Párrocos, á los encargados de los templos en esta Arquidiócesis, y á los fieles en su caso, el que la lectura de la presente Pastoral se haga en la forma que se indica al fin de ella.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

Nos el Doctor Don Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de México,

Al M. I. Sr. Dean y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Metropolitana, al Sr. Presidente y Cabildo de la Insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, al Clero secular y regular, y á todos los fieles de este Nuestro Arzobispado, salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

AMADÍSIMOS HERMANOS É HIJOS NUESTROS:

**A**CERCÁNDOSE el santo tiempo de Cuaresma, en que la Iglesia, nuestra solícita y cariñosa Madre, nos excita á recordar con más eficacia nuestro altísimo destino y los seguros medios de conseguirlo; muy conveniente es, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, que elevemos al cielo nuestros corazones alegrándonos con la esperanza de gozar un día de aquella eterna é inenarrable felicidad, y que con escrupulosa atención dirijamos la vista hacia la senda que hasta hoy hemos recorrido para asegurarnos de que no nos hemos extraviado ó para enmendar prontamente nuestro yerro, si por desventura hubiese que deplorarlo. Porque éste es el negocio que más nos interesa, y el más elevado fin que pudiéramos proponernos. No hay empeño más digno, ni más necesario al mismo tiempo, que el de ser consecuente con la generosa idea de trabajar con intrepidez y constancia

003757

40959

en la grande empresa de arribar á nuestro eterno destino, de conseguir el cielo; digno, porque en él se resume la verdadera grandeza á que todos instintivamente aspiramos; necesario, porque si ésta no se consigue, ninguna otra cosa puede satisfacer jamás las inquietas ansias de nuestro corazón: esto han buscado siempre con grande interés, y sólo de ello se preocuparon, las más nobles figuras que brillan en las páginas de la historia; pues no hubieran sido grandes si sólo á las mezquinas pompas y mudables satisfacciones de la tierra hubieran limitado sus aspiraciones.

Es, por desgracia, una preocupación muy común en cierto linaje de personas poco cuidadosas de la tranquilidad de su espíritu, distinguir con invención peregrina dos clases de religión ó Catolicismo: uno perfecto en cuya esfera cabe todo género de mortificaciones y sacrificios, y cuyas leyes deben escrupulosamente observar todos los que, sin fijarse en las comodidades de la tierra, aspiren con seriedad á ser santos; y otro, especie de Catolicismo moderado, al cual pueden afiliarse todos aquellos que enredados en las vanidades y placeres del mundo, renuncien desde luego al rango nobilísimo de la santidad, limitándose tan sólo á salvar el alma. Y es que, nublada la inteligencia con la desordenada afición á las cosas de la tierra, olvidanse de que nadie puede arribar al puerto felicísimo del cielo si interiormente no se viste con la brillante estola de la santidad; porque nuestro divino Redentor, que con tan amorosa insistencia predicaba á toda clase de personas que la puerta del cielo es muy estrecha, y que en él únicamente logran entrar los que se hacen constante violencia, no ha prometido abrir puerta más ancha á los que, rebeldes á su santa Ley, rehusen empequeñecerse y humillarse, ni á los amadores de sí mismos ha dispensado tampoco de la obligación con que todos nacemos de mortificarnos, haciéndonos en todo cruda guerra. No; no hay diversidad de caminos para que unos lleguen al cielo, ceñidas sus sienes con la aureola de la santidad, sosteniendo intrépidos pesada y espinosa cruz, y arriben otros á las playas eternas coronados con las marchitas rosas de fugaces placeres y empañado en su alma el brillo de la divina imagen.

Necesaria es de todo punto á cada uno de nosotros la santidad de la vida cristiana, que adquiere brillo más sólido en la tribulación y logra en el cielo espléndidas é inamisibles recompensas; y si por desdicha esa santidad desapareciere por el pecado, preciso es recobrarla en el sagrado tribunal de la Penitencia y adquirir nuevas fuerzas en la divina Eucaristía, para no caer en pecado exponiéndose á eterna desventura.

## I

Enséñanos el Espíritu Santo en el Evangelio de San Mateo, que después de haber sido bautizado por el santo Precursor en las aguas del Jordán nuestro divino Jesús, no bien repuestas todavía las turbas, que habían presenciado aquella admirable ceremonia, de la vivísima sorpresa que en ellas produjeran las significativas palabras del Eterno Padre, cuando rasgadas las bóvedas del cielo y descendiendo sobre el Hombre-Dios en figura de paloma el Espíritu Santo, declaró con poderoso acento que aquel era su Hijo muy amado en quien se había complacido; el amabilísimo Salvador fué conducido al desierto por el Espíritu de Dios para que fuese allí tentado por Satanás, y nos enseñase con sus tres gloriosas victorias el modo más seguro de vencer en todas ocasiones con su gracia á los implacables y eternos enemigos de nuestra salvación. Después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, en lo cual dió claras muestras de su Divinidad, quiso suspender la poderosa influencia de su infinito poder, dejando que su sacratísima Humanidad sintiese hambre, y Satanás, que fluctuando hacía tiempo entre los magníficos testimonios que de la grandeza de Jesús había dado públicamente San Juan, y la debilidad que ahora demostraba sintiendo hambre, dudaba de si realmente era Hijo de Dios, acércase á Él y le dice: «*Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.*»—«*Escrito está,* le contestó el divino Salvador: *no de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*» Insistió el maligno Espíritu en sus tentaciones; y llevando á Jesús á la ciudad de Jerusalén, púsole sobre el pináculo del templo, diciéndole: «*Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque escrito está que mandó á sus ángeles te cuidasen, y te tomarán en sus palmas para que no tropieces en las piedras...*» A lo cual replicó el amabilísimo Jesús: «*También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.*» Ni con esta repetida derrota desistió de sus criminales sugerencias Satanás, sino que de nuevo le subió á un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y las riquezas que encerraban, diciéndole: «*Todo esto te daré, si postrado me adorares.*»—«*Véte,* Satanás, replicó entonces santamente indignado el divino Jesús, *porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y á Él sólo servirás.*» Alejóse entonces tres veces vencido el maligno Espíritu, y bajaron ángeles del cielo á felicitar por sus victorias á Jesucristo y servirle la comida.

Constantes son, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, las tentacio-

nes con que á nosotros nos asedia también Satanás, tortuosos los caminos por donde se nos acerca, y tan disimulados los lazos y las redes que á cada instante nos tiende para perdernos, que bien podemos preguntarnos sorprendidos como el santo Job: «¿Quién descubrirá la haz de su vestido, y nos descorrerá el velo de su rostro?» Formidable unas veces como león, empéñase ya desde lejos en asustarnos con espantosos rugidos; y retando otras cual astuta serpiente, intenta sorprendernos avanzando cautelosa contra nosotros por sendas desusadas; tan pronto se vale de la violencia, como del artificio, é inspirador y maestro de los grandes hipócritas, dice San Cipriano, despliega sus engañosos encantos y pérfidos atractivos en la paz, y extrema en la persecución toda la rabia de sus venenosos rencores, *in pace subdolos, in persecutione violentus*. La primera vez que se presenta para tentar al divino Jesús, aparece como un hombre caritativo, que indaga solícito ajenas necesidades ansioso de remediarlas con modesta franqueza, como recibiendo en ello singular favor. En la segunda, mostrándose como tantos otros, admirador entusiasta de la grandeza y de las virtudes de Jesús, pretende ser tenido por el Angel del buen consejo, excitándole á que ofrezca de sus altas prendas alguna pequeña exhibición, que será tanto más de aplaudir, cuanto aparezca más curiosa. Pero en la tercera pone ya de relieve la perfidia de sus abominables sugerencias, al servirse, para que le adoren, de las riquezas y fantástica esplendidez del mundo. Esto hace también con los mundanos, ofreciéndoles en cambio satisfacciones, riquezas y placeres; pero bien sabido es que ni los da, puesto que no son suyos; ni nos los propone jamás como medio de salvación; ni nos presta, para conseguirlos y conservarlos, suficientes garantías: al divino Salvador presentaba piedras para que las convirtiese en pan; á los mundanos sugiere vanos deseos y locas aspiraciones, para que ellos se empeñen en realizarlos, alejando de Dios su corazón, y para siempre comprometiendo su alma. Propone criminales y embelesadores placeres al libertino, senda oportunísima ciertamente para llegar al abismo de su perdición eterna; pero á pesar de que con ello queda Satanás muy bien servido, no por esto proporciona al libertino los deseados placeres, sino que lo abandona para que él mismo los busque, aun cuando sea á costa de su libertad y de su honra. Extraordinarias ganancias ofrece también al negociante y al artista; pero de estos es asimismo el trabajo de buscarlas y la responsabilidad en adquirirlas. Tal es, por desgracia, la confianza en que vive de que el mundo, hartamente aventajado en el mal, apenas necesita tentadores, que ya no se toma siquiera la molestia de enmascararse disfrazando sus designios:

cuando se acercó á tentar á Eva, parecióle preciso emplear algún disimulo atribuyendo á la fruta prohibida el singular privilegio de infundir en los que la comiesen, la ciencia de los dioses; pero con los desventurados hijos de aquella primera mujer ya no se toma siquiera este trabajo. Ella pudo de alguna manera disculparse alegando que la serpiente la había engañado; nosotros solamente podemos decir que Satanás nos mostró los engañosos bienes del mundo, y que deslumbrados con su falso brillo corrimos afanosos tras ellos, aceptando deliberadamente las consecuencias. Y no se alegue, para disminuir nuestra triste responsabilidad, que todo el mundo está expuesto á las asechanzas de Satanás, y muchos de sus secuaces inspirados por él; pues muchos son los que culpablemente se dejan sorprender tentándose ellos mismos; porque hace ya muchos siglos se quejaba por el Sabio el Espíritu Santo, de que «*las criaturas de Dios se han tornado en lazo á los pies de los necios.*» Hay en el mundo no pocos desgraciados tan afanosos por correr tras locas aventuras, que, en frase de Orígenes, aunque no tuviesen tentador, ellos mismos se lanzarían en pos de sus desordenados apetitos: así que, no hay necesidad de que Satanás emplee violencias, ni despliegue con su singular destreza el pomposo aparato de sus encantadores atractivos para hacer caer en el pecado á los que ya de suyo son aficionados á él; bástale simplemente *mostrarles* aquellos engañosos bienes. Con esto sólo pronto vendrán como á porfía á aprisionarse en sus redes los que ansiosos de vivir siempre alegres en medio de los placeres del sentido, buscan como última novedad espectáculos, muchas veces peligrosos, que produzcan halagadoras impresiones; ni serán los últimos que vengán á tributarle homenaje, rendidos esclavos en un tiempo en que tanto se detesta la esclavitud, hombres que tienen la inmodestia de preciarse de sabios, y á quienes parece devorar, como idea fija que absorbe toda la actividad de su alma, el incesante afán de aparecer como singulares pensadores sin esclavizarse, como ellos dicen, á la rutinaria costumbre de seguir inspiraciones ajenas, aunque sean las de la Iglesia, maestra infalible de la verdad, dirigida y enseñada constantemente por el Espíritu Santo. Seguirán á estos los sensuales y amadores de su cuerpo, «cuyo dios, según la gráfica pintura de San Pablo, es el vientre,» ó sean los placeres materiales; los avaros, que limitando sus aspiraciones á los bienes de este mundo, cifran en ellos su felicidad, y á trueque de conseguirlos emplean como lícitos todos los medios, con tal que sean eficaces; todos, en fin, todos los que, prefiriendo á los goces purísimos del espíritu las mezquinas satisfacciones que halagan los sentidos, viven habitualmente olvidados de la salva-

ción de su alma y de dar incesantemente á Dios toda la gloria que El se merece.

Estas tentaciones de Satanás son tanto más odiosas, cuanto que no tienen otra base que la mentira: el perverso Tentador ofrecía al divino Jesús y sigue ofreciendo hoy á todos los hombres, como si fuesen suyos, los bienes de este mundo, siendo así que ni son propiedad suya, ni aunque lo fuesen, valen lo que él afecta creer. Solidísima verdad es aquella que nos enseña el Sabio, al decir que el mundo no es más que una figura que pasa, sombra que muy pronto desaparece, y humo que al instante se disipa; y el Profeta, después de analizarlo en todas sus partes, dice que el mundo está vacío, *lleno tan sólo de nada*. El jugador, á quien Satanás no hizo más que *mostrar* los bienes y satisfacciones de este mundo, como niño que corre desalado tras ligera mariposa que huye, revolotea y se esconde, buscará con perseverante afán esos mentidos bienes; y para lograrlos, sacrificará su tiempo, su tranquilidad, sus haberes, tal vez el pan de su esposa y de sus hijos, su propio honor y el venturoso y eterno porvenir de su alma; y después de tantos sacrificios, desvanecidos los crueles ensueños de bienes tan suspirados que, ni aun conseguidos, pueden llenar el alma, encuentrarse *sin nada* que sea sólido y deseable bien. Para buscar mezquinas y vergonzosas satisfacciones, que pasan rápidas como el relámpago, expondrá el sensual su honra, su alma, su misma vida; logrando al último, por único bien, remordimientos y vergüenza, si es que, á semejanza del Pródigo de la Parábola, ha tenido tiempo y fortuna para conocerse. Llama tal vez la atención de los mundanos, por la magnitud de sus errores y por su temeraria osadía en recorrer, para descubrir la verdad, rumbos opuestos que sólo pueden conducir al error, el impío, para quien la Ley suavísima de Dios ha sido sólo durísimo é insoportable freno para su soñada dignidad y altiva independencia; y mañana, desechado por los mismos espíritus fuertes que antes le aplaudían, y perseguido por el menosprecio y execración de la sociedad á la cual había escandalizado, se encontrará *sin nada* de lo que antes le halagaba y ensoberbecía, reducido á buscar el único consuelo que calma las atormentadoras ansias del espíritu, en la presencia y paternal solícitud de uno de aquellos sacerdotes á quienes en otro tiempo calumniara y escarneciera; fuera de los remordimientos que hoy despedazan su corazón y de la vergüenza que le hace amable su soledad, nada encuentra de lo mucho que antes le ofreciera el maligno Tentador.

Pero si las tentaciones constituyen para el cristiano una situación más ó menos difícil, que con la divina gracia puede siempre atravesar

sin que el alma sufra naufragio cayendo en pecado, las aflicciones y todo género de adversidades son también saludables pruebas que la amorosa providencia de Dios Nuestro Señor permite, para que en ellas mostremos la generosidad con que le servimos, y en el sufrimiento se acrisole más cada día nuestra lealtad. Existiendo desde luego en la prosperidad un verdadero peligro, puesto que en la vida del espíritu, si no se le opone el antídoto de la humildad y de la mortificación, las satisfacciones del mundo vienen á ser un género de veneno que poco á poco va emponzoñando el alma, aficionándola cada vez más á las cosas de la tierra; las tribulaciones reportan al verdadero católico la inestimable ventaja de fortalecerle en el camino de la virtud, y no sin profunda sabiduría enseñaba á los fieles de Corinto el apóstol San Pablo que «la virtud se fortifica en las contrariedades.» Desconocida hubiera quedado, sin duda, para nosotros la virtud de muchas almas fieles que hoy gozan inefables y eternas delicias, si las tribulaciones, con que para su mayor bien las visitaba el Señor, no hubieran puesto de relieve su fidelidad á la gracia, excitándolas á la práctica de heroicas virtudes, que han hecho célebre su nombre, y amable y bendecida su memoria. Abraham no sería hoy tal vez uno de los más dignos ejemplares de obediencia y de viva fe, si en circunstancias singularísimas en que sintió traspasado de dolor su corazón de padre, no se hubiese sobrepuesto con admirable fortaleza á su natural ternura para cumplir animoso con la orden de Dios.

Y cuánto sea el provecho espiritual con que el alma se enriquece en el sufrimiento, dícelo bien claro el Espíritu Santo en aquellas palabras que al anciano Tobías dirigía el arcángel San Rafael: «*Porque eras acepto á Dios, fué necesario que la tentación te probase.*» Grande fué el mérito de los mártires, que padeciendo todo género de tormentos morían alegres alabando y engrandeciendo á su Dios; pero ésta, aunque apreciable victoria, no era más que una, como dice San Cipriano: «una vez vence el que una vez padece;» mientras que los que viven en frecuentes ó continuas tribulaciones, atormentado el cuerpo con enfermedades y angustiado el espíritu con todo género de amarguras y circunstancias difíciles, sin ceder jamás á la tentación, sin desahogos inútiles, que no sólo arguyen un gran fondo de cobardía propia de almas vulgares, sino que constituyen una verdadera infidelidad á la amorosísima providencia de Dios Nuestro Señor; los que sin caer en estos extremos salen victoriosos para vencer de nuevo, y sobreponiéndose á todo género de temores, y fieles á la divina gracia, continúan sufriendo animosos, sin preocuparse del mayor ó menor número de

aflicciones que todavía les esperan, esos cuentan sus coronas por el multiplicado número de sus combates, y pasando de victoria en victoria logran días verdaderamente llenos, digna preparación para aquella vida de incalculables glorias, que nunca perecen.

No importa que los seguidores del mundo, á quienes horroriza la sola idea de padecer, aborrezcan los sufrimientos y se burlen á veces de las almas generosas que los soportan con paciencia y alegría. Eso, por desgracia, no es nuevo, y de ello nos dan triste testimonio las recriminaciones que al santo Job dirigían sus amigos, y las ofensivas palabras con que amargaba el afligido corazón del piadoso Tobías su misma esposa: «¿Dónde está la esperanza, por la cual hacías limosnas y sepultabas los muertos?» Para quien recuerda el mérito que hay en padecer, bástale dirigir el corazón al cielo, de donde viene el más poderoso auxilio, y recordar, como dice el Salmista, que Dios es nuestra fortaleza y nuestro único refugio. Busquen consuelos en las criaturas los infelices amadores de sí mismos, que teniendo por escándalo la cruz y por necesidad el sufrir, véñse al fin precisados á devorar prolongadas angustias, que no bastan á dulcificar los placeres todos de la tierra; que el justo al invocar al Señor en su tribulación, siente satisfacciones incomparables, y Dios le bendice porque pone en Él sólo su esperanza.

El siguiente punto se leerá el domingo segundo de Cuaresma.

## II

Seis días después de haber enseñado á sus discípulos el divino Salvador la necesidad de llevar la cruz padeciendo todo género de trabajos, llevó consigo á San Pedro y á los hermanos Santiago el mayor y San Juan, y habiendo subido con ellos á un monte alto y apartado, que conocemos con el nombre de *Tabor*, apenas comenzó á orar se transfiguró delante de ellos, apareciendo su hermosísimo semblante resplandeciente como el Sol, y sus vestiduras blancas como la nieve. Al mismo tiempo juntáronse con Él por milagro Moisés y Elías, y con Él hablaban de la pasión y muerte que había de sufrir en Jerusalén; al ver á su divino Maestro tan engrandecido y rodeado de tanta gloria, no pudo contener su amoroso entusiasmo el apóstol San Pedro, y le dijo: «Señor, bueno es que nos estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías.» No había aca-

bado todavía de decir estas palabras, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, saliendo del seno de aquella claridad una voz celestial que decía: «Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto toda mi complacencia: oidle.» Al eco de esta voz poderosa los discípulos cayeron en tierra poseidos de misterioso terror; y acercándose á ellos el divino Jesús, y tocándolos, les dijo: «Levantaos, no temais,» y alzándose, á nadie vieron más que á Jesús, el cual al bajar del monte les dijo: «A nadie digais lo que acabais de ver, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

En esta maravillosa relación que nos hace el Evangelista San Mateo, parécenos ver, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, un pequeño bosquejo de la incomparable magnificencia de aquella gloria, que el Señor reserva como eterno premio en el cielo á los que en este mundo cumplen en todo con su santa Ley, y por Él se gozan en sufrir esforzados las tribulaciones y contrariedades á que antes nos referimos. Grande es esta recompensa por todo lo que durante nuestra vida podamos sufrir; pues, como dice el Apóstol, «lo que aquí es para nosotros de una tribulación momentánea y ligera, engendra en nuestros corazones de una manera muy maravillosa un peso eterno de gloria;» premio tan espléndido, que á él parecen referirse las significativas palabras del sagrado libro del Eclesiastés: «¿Quién ha medido jamás la altura del cielo, la anchura de la tierra y lo profundo del abismo?» sobre cuyos conceptos dice con piadosa oportunidad el cardenal Hugo, que por la altura del cielo se entiende la excelencia de la eterna recompensa, por la anchura de la tierra los bienes temporales con que á veces premia el Señor nuestras buenas obras, y por la profundidad de los abismos lo terrible de los castigos eternos. Mucho ha logrado extenderse y profundizar la ciencia del hombre, hasta el punto de medir los cielos, sondar los mares, determinar la magnitud y revoluciones de los astros, sujetar en cierto modo la poderosa acción de los elementos, y recorrer en parte y describir el universo; pero con haber hecho tanto, no ha podido concebir jamás algo que se parezca á la eterna gloria que se goza en el paraíso. Mucha importancia daba el apóstol San Pablo, y cierto que la tienen, á aquellos dones sobrenaturales con que suele á veces regalar el Señor á ciertas almas muy favorecidas; pero muy sobre todos ellos está la gloria, que «en parte conocemos y en parte profetizamos,» y cuando para nosotros «llegue el tiempo de esta vida bienaventurada, ya no serán necesarios los demás dones.» ¡Grande é incomparable felicidad, que, como dice San Agustín, «puede muy bien ser conquistada, pero no comprendida!»